

# La suerte de Aurora ( o vivir para otros )

Mercedes García Pazos



**La suerte de Aurora** (o vivir para otros)

© Texto: Mercedes García Pazos

© Imagen de portada: José Manuel Vargas Rosa

<http://mercedesgpazos.wordpress.com>

El Puerto de Santa María (Cádiz, España)

Mayo de 2012

Los dos nombres eran sonoros, rotundos. Pronunciarlos, llamar con ellos, llenaba la boca y el espacio. Podía atribuírseles hasta color, el color de las palabras y sus significados, y éstos eran a cuál más extremo. Ambos estaban también cargados de sentido, de significación y de metáforas; de sensaciones y estados de ánimo, naturales y humanos. Eso, en el caso de que la naturaleza pueda sentir, que creo que sí. Y Ramón también lo creía.

Eran dos nombres llenos, completos y compactos, autosuficientes, se denominaban a sí mismos, porque compartían el vocativo con su definición propia. No eran unos apelativos cualquiera, eran casi una proclama, eran nombres de luces, de paisajes y de sentimientos. Las hermanas se llamaban Aurora y Soledad.

Ramón y Catalina, Lina, como la llamaban todos, tuvieron dos hijos más, varones éstos, entre las dos muchachas. Así que Soledad, que era la mayor del matrimonio, se llevaba con su hermana más pequeña algo más de seis años de diferencia. La edad, sin embargo, nunca las separó,... al menos del todo. Su condición femenina, frente a la de sus hermanos, fue siempre su vínculo más constante, más firme.

Los hijos varones de Lina y Ramón nacieron ya, como suele decirse, con el nombre puesto: el mayor de los dos, segundo del matrimonio, se llamaba Francisco, como su abuelo materno -por quien Catalina sentía verdadera devoción- y el pequeño, Ramón, como su padre y también como se había llamado su otro abuelo, ya fallecido a una edad anticipada. Con los chicos quedaban, pues, cumplidos los compromisos familiares. Con las niñas, en cambio, fue diferente.

En el nacimiento de su primera hija Ramón tenía ya pensado como iba a llamarla, lo sabía desde siempre, desde la primera vez que se le pasó por la cabeza que un día pudiera llegar a ser padre. Pero cuando la niña nació el cariño y amor hacia Lina, su mujer, las dificultades que se presentaron a última hora a la madre primeriza y la especial devoción que ella tenía por la virgen de la Soledad, la patrona de su pueblo, no le permitió cumplir su deseo. Lina era una mujer muy religiosa y devota y en los malos momentos del embarazo Ramón dejó la decisión en manos de su mujer y le prometió que no interferiría en el nombre de la niña. Así fue como la primera de las niñas, finalmente sana, del feliz matrimonio, se llamó Soledad, como aquella imagen a quien Lina tanto rogó.

Y aunque es cierto que los nombres de las personas no influyen en ellas, parece que hay ocasiones en que, de algún modo, las marca de por vida.

En cuanto pudieron, a los pocos meses de haber cumplido el año, Sole, que ya era como la llamaban cariñosamente todos, fue llevada a realizar la promesa que su madre hizo a su querida patrona: presentada en la ermita, cubierta por su manto y bendecida por ella. Lo hicieron durante la romería que en el domingo más próximo al ocho de septiembre - día de la Natividad de Nuestra Señora y fiesta en muchos pueblos del país bajo diferentes advocaciones- se celebraba en el pueblo de donde ellos procedían.

Aquél día de romería Lina y Ramón anduvieron con Sole en sus brazos los dos kilómetros y medio que separaban el pueblo de la ermita desde muy temprano. Aunque no era mucha la pendiente, como hizo también la mayoría de los habitantes del pueblo, subieron en procesión la cuesta hasta el promontorio de la ermita. En ella la virgen estaba ya perfectamente ataviada, la pequeña nave llena de flores, las velas encendidas y las tres pequeñas campanas de la espadaña volteaban sonando y haciendo revolotear su sonido sobre los extensos olivares.

Después de la misa cada uno cumplió la promesa hecha a la Señora y presentaron a los nacidos durante el año pidiéndole para ellos su protección. Salieron luego todos, los que estaban dentro de la capilla y aquellos que quedaron fuera por falta de espacio, e hicieron una pequeña procesión tras la virgen, que iba portada en andas, por los límites de la misma. Una vez que

la sagrada imagen regresó de nuevo al interior comenzó la fiesta: comida, bebida, música, baile, puestos de dulces, frutas y chucherías y pequeñas atracciones, hasta la caída de la tarde.

Ramón participaba en la romería, siempre lo hizo: de pequeño, de joven y, ya estando fuera, siempre que su estancia en el pueblo coincidía con el día señalado. Pero ya desde niño, cuando iba con sus padres, nunca había seguido todo ese proceso, el protocolo litúrgico, etnográfico, festivo... como queramos llamarle. Desde que tuvo uso de razón se limitaba a dar una vuelta por el campo engalanado, un paseo a cualquier hora del día, jugar, y ya de joven, beber un vaso de vino y compartir una conversación con algunos amigos y paisanos y comer con toda su familia. Aquel día, en cambio, el amor a su mujer y el respeto al fervor de ella, un fervor que no era, por cierto, compartido, le hizo participar, desde el principio hasta el final, en un rito que nunca había llegado a entender. Y, para colmo, le habían hecho ir "como Dios manda", como decía Lina: con chaqueta, camisa blanca y corbata, un aderezo que ya al acercarse el mediodía de esos primeros días de septiembre le estorbaba hasta para respirar. Pero no rechistó. Dejó que Lina disfrutara, no tenía muchas ocasiones. Siguió la petición de su mujer y procuró que ella quedara contenta y tranquila de haber cumplido un deber, el de quedar en paz con la santa, como él la llamaba. A pesar de que su esposa le corregía que no era santa sino virgen, para él eran lo mismo: santa, mártir, virgen, advocación mariana

o beata; profeta, santo, mártir o apóstol, daba igual, en su vocabulario no había más denominaciones y en sus esquemas no cabían los grados, todos eran santas o santos y no existía más, pero los respetaba.

Finalizada ya la jornada ritual y el deber que suponía para Lina este acontecimiento, el matrimonio continuó su camino y regresó a su casa, algo retirada ya del pueblo. Prácticamente desde su unión se habían trasladado a la capital de la comarca. Allí habían llegado recién casados e instalado su hogar, en una ciudad, no tan pequeña como el pueblo de donde procedían ni tan grande como para ser unos desconocidos ni para prosperar más que lo justo.

Él había conseguido montar un pequeño taller de carpintería en el que entraba mucho trabajo rutinario. Pero cuando tenía ocasión, muy de tarde en tarde, y le encargaban algo especial, era capaz de realizar una auténtica obra de arte. Ramón trataba la madera con el mismo mimo, con el mismo amor que lo hacía con su familia y con quienes compartía la vida: un descarte firme con la gubia y una larga caricia para limpiar, lijar y suavizar cada trozo de material que tocaban sus manos. Convertía un madero áspero en una obra terminada y fina como el alabastro, como la seda, cálida, suave y casi viva.

Lina, por su parte, colaboraba con la economía familiar planchando ropa. Era una mujer extremadamente pulcra, ordenada y de una firme disciplina. Y todo ello lo trasladaba a su labor de planchado: dejaba las prendas perfectas, impecables, con pliegues donde debía haberlos y lisas donde no, con rayas señaladas o sin una sola marca, y con los bordados y encajes hacía un trabajo espectacular. Por eso, cuando la ocasión lo requería, no faltaba quien le proporcionara trabajo, a veces, incluso más del que ella misma podía abarcar. Sobre todo a medida que comenzaron a llegar más hijos, pues, después de Sole llegaron Francisco y Ramón y, por último, un poco más distanciada, aunque no demasiado, la pequeña.

Cuando esta última niña del matrimonio nació, un domingo por la tarde, de un parto natural perfecto, como los dos anteriores, Ramón lloró de alegría. Tenía una mujer trabajadora, buena y sana y, ahora, una prole de cuatro hijos ya. Los tres primeros iban creciendo con salud y la vida le regalaba de nuevo una niña que, sin decirlo, o quizá sin ser totalmente consciente de ello, esperaba como un deseo.

A la mañana siguiente, lunes, su mujer aún dormía abatida por el parto y el barullo de toda la tarde y parte de la noche anterior, la recién nacida parecía estar bien y sus otros tres hijos dormían como benditos. Y Ramón, con cuidado

de no despertar a ninguno y con extremo sigilo, se acercó a la cama de Sole, la despertó y le dijo:

- Sole, hija mía, es todavía muy temprano, voy a salir a hacer unas cosas importantes. Tú quédate despierta y pendiente de tu madre y tus hermanos. Yo tardaré tres o cuatro horas. Si pasa algo raro o te asustas llamas a Manuela, ella sabrá qué hacer. Tú no te preocupes, dile que vuelvo pronto, y si tu madre te pregunta, también le dices lo mismo, que estaré de vuelta enseguida ¿Lo has entendido?

- Sí, papá.

- De acuerdo, pues ahora no te duermas y vigila, que yo llego muy pronto.

- Vale papá -dijo Sole-.

Como era de esperar, nada más retirarse Ramón del lado de su hija, la niña de seis años y medio que dejaba al cargo de la casa, aunque intentó con todas sus fuerzas no hacerlo, se quedó profundamente dormida. Despertó a las dos horas, sobresaltada, recordando lo que su padre le había dicho. Para su tranquilidad todo seguía igual. Todos dormían. Sólo la pequeña hermana que acababa de entrar en su vida gimoteaba un poco. Aquello duró apenas unos segundos y Sole se tranquilizó, pero obedeció a su padre y ya se quedó despierta.

Al poco tiempo despertó la madre, la recién nacida tenía hambre y los hermanos se desperezaban con los ruidos. Pero ya la buena de Manuela, la vecina, sin necesidad de ser avisada, había llamado a la puerta que Sole le abrió, contenta y solícita, como a su salvadora en aquél trance.

Ramón había salido de su casa muy temprano. Ese día no iba a trabajar, el taller permanecería cerrado toda la jornada. Se había marchado, como a él le gustaba decir “antes de que abrieran las claras del día”. Cogió su moto, con la que se movía a diario, y llegó lo más lejos que pudo de la ciudad y lo más cerca del campo. Allí, en un entrante de la carretera regional, contempló el paisaje: eras, alguna dehesa, junto a ellas los olivares, y, detrás, un pequeño relieve, una sierra que se extendía hacia levante. Y se paró, solo, absorto, embebido en el paisaje, a contemplar el alba. Fue estudiando lentamente el cambio de luces, cómo, igual que vetas en el aire, se ensanchaban, se estrechaban y se difuminaban las líneas rectas sobre el horizonte, y como la luz fue pasando por una paleta de colores que desembocó desde el azul intenso, casi negro todavía, hacia un añil teñido de violeta, y de este al rosa, como una bandada de flamencos -que nunca había visto por cierto-, y de él hacia un rosado más pálido que, con tintes de naranja furioso y dorado se fue haciendo cada vez más claro, más blanco, mientras el sol se levantaba, casi de un brinco, tras la serranía y se convirtió, muy pronto, en un círculo blanco.

Despertado de su ensueño y bañada su vista en todos los colores de la luz volvió de nuevo a la ciudad. Todavía era temprano, paró en la plaza, cerca del taller, y entró en el bar de todos los días. Aún estaba abriendo y sólo había tres paisanos tomando un café solo al fondo de la barra mientras hablaban entre ellos del tiempo, con alguna que otra intermitencia sobre fútbol en la que participaba el camarero.

- Un cortado y una copa de aguardiente.

Fue lo que dijo Ramón después de dar los buenos días.

Tras el mostrador, el diligente camarero preparó el café en la máquina mientras llenaba una copa con aguardiente justo hasta la línea roja que delimitaba el ecuador de la misma.

- Hoy no, Vicente, hoy me la llenas hasta arriba. Voy a apuntar a mi hija pequeña. El día lo merece.

Vicente llenó la copa hasta el borde, desentendiéndose de la marca roja que indicaba el límite, mientras agarraba a Ramón por el hombro con la otra mano y le felicitaba con entusiasmo.

Los otros tres hombres que había en el extremo de la barra se acercaron con sus vasos e hicieron lo mismo. Ramón los invitó a una ronda de aguardiente. Miró su reloj. Ya podía marcharse.

Se encaminó al Registro Civil, que acababa de abrir, e inscribió a su nueva hija.

Cuando el oficial le preguntó:

- ¿Nombre de la niña?

Él, lleno de orgullo y bien alto y claro, respondió:

- Aurora.

Terminada la importante faena del día regresó a casa. Cuando entró en ella, la buena de Manuela se había encargado de todo. Lina estaba aseada y en buen estado, los tres hijos anteriores del matrimonio vestidos y desayunados, y la pequeña mamaba del pecho de su madre agarrándose a ella como a la misma vida que empezaba a encarar.

El padre de familia echó un vistazo rápido a la casa sin moverse del sitio, se acercó a su mujer, miró a la niña y acarició a Lina con un dulce roce de su mano por la frente y el nacimiento del pelo recogido.

- La niña ya tiene nombre, Lina. Vengo del Registro.
- ¿Ya? ¿Cómo no me has dicho a dónde ibas, Ramón? ¿Cómo se llama?
- Se llama Aurora, Lina. Como siempre había querido.
- Me parece bien, dijo Lina. Es un nombre bonito. No sé cuándo es su día, pero cuando hablemos con el cura de la parroquia, antes del bautizo, le preguntamos, para que celebre su santo, como lo hacen sus hermanos.
- Tú pregúntale al cura lo que quieras, pero para ella todo día que amanezca será su día. Ya sabes por qué esta vez he elegido yo el nombre. Con Sole accedí por ti, con los niños, como tu querías, cumplimos con la tradición y con la familia. Ahora me tocaba elegir a mí el nombre que siempre quise. Me tocaba ponerle a mi hija un nombre que, cuando lo pronuncie, me suene a luz, a claridad, a amanecer, a esperanza, el nombre que quería para ella, el que siempre quise si la providencia me otorgaba ese deseo. Y ya está.

Sole estaba enfrascada en muchas cosas: en entretener a sus hermanos, en intentar hacer el menor ruido posible para no molestar a su madre y a su nueva hermanita recién nacida, e incluso se empeñó en hacer su cama y la de los niños, que entonces dormían juntos, los dos en una sola, como pudo, para así hacer más llevadero el día a su padre. Y, aunque no acertó a entender del todo lo que sus padres hablaban, casi sin darse cuenta, del modo más inocente y como un pequeño e infantil lamento, entre palabra y palabra con Francisco y Ramón dejó escapar:

- ¡Qué suerte tiene mi hermana!

Esa frase, a su pesar, aunque sin ningún tipo de celo ni resquemor en ningún momento, la acompañó la mayor parte de su vida.

La familia no creció más, pero los cuatro hijos sí que lo hicieron. Los chicos se fueron haciendo mayores. Soledad también fue pasando de la niñez a la pubertad, y de aquí a la adolescencia y, poco a poco, se estaba transformando en una jovencita muy guapa. Poseía una elegancia natural y un porte, un estilo, que llamaban la atención. Tenía el pelo rubio oscuro y algo agraciado, las facciones perfectas y una osamenta muy marcada, cubierta solo por la masa imprescindible de músculo para que, sin parecer delgada, luciese un perfecto esqueleto y una envidiable figura. Se fue convirtiendo en una muchacha alta, derecha y elegante, responsable, madura desde muy joven y curiosa por aprender. Físicamente se parecía a su padre, pero su carácter lo había heredado por entero de Lina, pues era resuelta, austera, prudente, recta y trabajadora, y muy exigente, principalmente consigo misma.

Rora, que así la llamaban cariñosamente madre y hermanos, desde siempre, pronunciando el nombre sin marcar la primera erre, con suavidad, como si

solo pronunciaran el final de él, era distinta. Su padre, en cambio, la llamó siempre, durante toda su vida, por su nombre completo, Aurora, el que hasta su nacimiento tuvo pensado para ella.

Pues bien, Rora era diferente. Las dos hermanas eran como las dos caras de una moneda, opuestas, pero una sola, inseparables. La pequeña heredó el físico de su madre: pelo negro con tendencia a rizado, aunque no en extremo, una boca de labios carnosos, cara redonda y graciosa, y de estatura algo más baja que su hermana, más rellenita, con formas redondeadas y agraciadas. Su carácter, en cambio, sin ser igual, estaba más cercano al de su padre. Tenía siempre una sonrisa asomándole a los labios y era algo más alocada que Soledad, aunque no por ello irresponsable. Pero siempre tenía ganas de diversión.

Posiblemente, en la formación de su carácter influiría haber nacido la última de los hermanos. Pues es cierto que la diferencia de edad con su hermana mayor y sus dos hermanos varones, que habían sido educados para protegerla, la convirtieron en la mimada de la familia. Casi inconscientemente todos cuidaban de ella, estaban pendientes de todos sus movimientos. Así, aún con excepciones, resultó ser, por pura inercia, la más consentida de la casa, aunque, también sería justo decir que esa condición apenas encajaba en la familia de Lina y Ramón.

Y Rora, como poco antes su hermana mayor, se fue convirtiendo en una hermosa adolescente y, poco después, en una joven simpática y atractiva.

Al principio, por puros motivos de la edad, a Sole le molestaba tener que andar con su hermana pegada a sus faldas.

- No es justo -decía a sus padres-. Ella aún es una niña y yo ya no.

Pero este pequeño inconveniente, muy pronto, el tiempo se encargó de arreglarlo.

Y, aunque iban creciendo, los afanosos padres de familia que eran Ramón y Lina no podían permitirse, a pesar de trabajar duramente, dar estudios superiores a todos sus hijos. Así que, como era lo habitual en los tiempos que les tocó vivir, decidieron que lo oportuno sería que estudiaran los hijos varones, y que las muchachas aprendieran un oficio con el que poder defenderse y ser independientes. Porque había algo que tenían muy claro: sus hijas no iban a quedar destinadas a depender de un matrimonio para poder mantenerse. Y, en caso de formar su propia familia, un oficio les ayudaría a mantenerla, como hacía Lina con la suya. Pero la fortuna no quiso que los hijos estuvieran de acuerdo con la decisión que habían tomado los padres y ni Francisco, el mayor, ni Ramón, el pequeño, tuvieron nunca el más mínimo interés por el

estudio. Francisco, cumplidor y laborioso, quiso ponerse a trabajar enseguida para ganar algo de dinero y, después de echarse una novia, Pura, consiguió un empleo con el padre de ella. Pura era una muchacha muy exigente, había tenido una educación rígida, pero siempre fue comprensiva y benevolente.

Con un poco de esfuerzo, Francisco, impaciente por formar su propia familia y ya casado, decidió emigrar al extranjero en busca de horizontes más propicios y consiguió un trabajo bastante bueno gracias a un cuñado, hermano de su mujer, que había marchado antes a un país europeo con mayores posibilidades, y les abrió camino.

Ramón, por su parte, no parecía contagiarse del espíritu laborioso de su familia y, aunque buscaba trabajo, lo hacía con desgana, le duraba poco, y pasaba largas temporadas de brazos cruzados y sin dar un palo al agua. Hasta que un día, su padre, incapaz de soportar la ociosidad, le plantó cara y le dio un ultimátum. Para el cabeza de familia, trabajo había pero debía molestarse en ir a buscarlo y no siempre estaba esperando a la salida de casa. Y le recordó cómo ellos mismos, él y su madre, tuvieron que salir de su pueblo y cómo también su propio hermano lo hizo del país. Y, en un arranque de orgullo y rabia, más fuerte que el deseo por buscarse un porvenir, Ramón, el hijo, se enfrentó a su padre, Ramón también, y se fue de su casa con un sonoro portazo. Desde aquel día tardaría varios años en volver a hacer las

paces con su familia, aunque, en el fondo, nunca los olvidó. Pero el orgullo y la soberbia se habían apoderado de él.

Desechadas las ilusiones puestas en los hijos, el matrimonio decidió que el turno le tocaba ahora a las muchachas y que ellas podían aprovechar las oportunidades y estudios que sus hermanos no quisieron.

Soledad quería estudiar, siempre lo quiso y, además, aunque jamás dijo nada, nunca aceptó la primera idea de sus padres, que le parecía absolutamente injusta. Ella amaba leer hasta el cansancio, era aficionada al cine y admiraba cualquier manifestación artística, entre las que estaban algunas de las obras de su padre, que no se cansaba de ver antes de que salieran del taller en manos de sus dueños. Desde muy joven, deseaba marcharse a otro lugar y encontrar una profesión que la hiciera independiente, con la que poder mantenerse y prosperar. Tenía ilusiones por llegar lejos.

Rora, en cambio, aunque no descartaba el estudio, quizá por el ambiente en el que había crecido y también, por qué no decirlo, segura bajo la protección de su familia, amaba ese pequeño espacio en el que vivía. Rodeada de las virutas que su padre sacaba hasta crear formas de un tablero de madera, y admirando siempre la meticulosidad de su madre, que ella no alcanzaba,

prefería las manualidades y se aferró al hogar. Cuando le tocó decidirse y elegir una profesión quiso aprender a bordar.

- Coser -le dijo su madre-, te podría resultar más productivo, te daría más trabajo e incluso podrías hacerte con un pequeño taller. Bordar, hija, es más difícil, poca gente encarga bordados, requiere de más tiempo y, al final, se acaba ganando menos. Cuesta más salir adelante.

Pero Rora se empeñó, en eso era como su padre, y comenzó a aprender a bordar. Con práctica y mucho empeño lo acabó haciendo, y con el tiempo llegó a ser una gran bordadora a la nunca faltaba trabajo. Realizaba unas labores magníficas y nada se le resistía, ni el bordado, ni los calados... ni siquiera el encaje. Recibía importantes encargos incluso desde fuera de la ciudad, pues su mejor publicidad era el remate de cualquier trabajo que hacía, y unas clientas le llevaban a otras.

Para entonces Lina ya había dejado de planchar para la calle. Su salud se resentía y Ramón no estaba dispuesto a que echara tantas horas encorvada sobre la plancha destrozándose brazos y espalda. Además, los hijos habían crecido, ya no era tan precisa su aportación y podían vivir sin ella.

- Ya has trabajado bastante -no dejaba de repetirle su marido-.

A pesar del ofrecimiento de los padres Sole no veía grandes posibilidades para salir a estudiar fuera de su casa y, desde luego, nunca lo exigió. Así que comenzó por ir a una academia y aprender, entre otras cosas, mecanografía, taquigrafía, contabilidad,... Y con un examen consiguió obtener el título de Administrativo. Al menos, ya tenía algo. Y creía que si encontraba un trabajo, éste podría compensarla y al mismo tiempo, gustarle. Incluso comenzó a estudiar francés, y logró bastante provecho, pues los idiomas se le daban muy bien.

Cuando obtuvo la titulación, aunque sin dejar de ayudar en casa, pues su madre estaba empezando a padecer una enfermedad que poco más tarde se agravaría alargándose mucho, Sole encontró un trabajo a su medida en una empresa mercantil. Los primeros meses estaba pletórica: entraba, salía, trabajaba, conocía gente y llegaba a casa satisfecha. Allí seguía trabajando, ayudaba en lo necesario. Pero la idea de despegar en algún momento, un propósito prendido en su cabeza, la ilusionaba.

Rora, que aunque muy joven ya se dedicaba a bordar, se estaba convirtiendo en una gran profesional y realizaba unos trabajos admirables con los que, además disfrutaba. Sentía por su labor el mismo cariño que su padre por la suya. Y, aunque los mejores encargos los realizaba a mano se pudo comprar una máquina, de coser y bordar, automática, con la que podía ir adelantando

algunos trabajos, una Singer, uno de los últimos modelos, con diferentes cambios de puntada y bordado. Con la ayuda de los padres Rora pudo conseguir la máquina más moderna del mercado, pues Ramón insistió en que no quería menos para su hija pequeña.

Pero, además de estudiar y trabajar, Sole y Rora ya eran dos mujeres y la vida le deparaba también otras novedades. Y cuando salían a pasear, al cine, a fiestas con amigos o a bailes, las dos hermanas eran admiradas por cualquier chico que se acercara a ellas. Sole era la mayor y, como es lógico, fue rondada con antelación. Pero si para Soledad lo más natural era su absoluta elegancia, Aurora le ganaba en gracia y en espontánea simpatía y, al final, por una u otra razón, los chicos acababan, de la manera más inocente, riendo o haciendo juegos y chistes con la hermana pequeña. Y Sole, pese a que era su hermana pequeña -tenía casi siete años menos que ella- y, a veces, incluso le parecía gracioso, no dejaba de envidiar, aunque fuera solo un poco, la suerte de su hermana.

Entre salidas, trabajo y hogar, un día, en una cafetería cercana a la oficina donde trabajaba y en la que solía desayunar casi todos los días, Sole conoció a un chico. Era un funcionario serio, muy formal, por lo que parecía, y decidido

a medrar en su profesión y a formar una familia cuanto antes. Se llamaba Alfredo. Y él y Soledad fueron haciendo amistad y empezaron a verse fuera de aquella cafetería, primero un poco más distanciadamente, después más a menudo. Al principio él propiciaba los encuentros hasta que, por fin, se decidió a invitarla a salir. Y a Sole, sin proponérselo, empezó a gustarle aquella amistad y se fue enamorando poco a poco de aquél muchacho tan serio y decidido. Pero Alfredo iba pidiendo más, él quería formalidad, estabilidad, pero también un poco de diversión. Lo tenía todo programado y había llegado a la conclusión de que, entre los estudios y la estabilidad que deseaba y pretendía, este era precisamente el momento destinado a vivir un poco, atolondradamente si fuera preciso, pero solo lo necesario para no quedarse perdido en esa etapa de su vida. Era sólo un respiro antes de convertirse en un respetable padre de familia. Toda una vida estudiando, buscando un hueco para trabajar, disciplinado y obediente, le pedía un poco de soltura para luego retornar a la sensatez.

Y comenzó a pedirle a Sole escapadas al campo, excursiones, fines de semana perdidos, noches en vela, pequeñas muestras de locuras callejeras, de las que él parecía tener necesidad: saltos, bailes en medio de la acera, besos ante todo el mundo que pasaba por la calle, a la puerta de una tienda; en fin, pequeñas travesuras de jóvenes enamorados que a Sole ni se le habían pasado

por la cabeza ni creía que nunca pudiera ser capaz de hacer, y para las que, a pesar de su juventud, ya se sentía un poco mayor.

Ella sabía demostrar su amor de otras formas y no estaba dispuesta, no podía, concederle esos pequeños caprichos a Alfredo. No le importaba ni criticaba que otros lo hicieran e incluso les envidiaba por atreverse a participar en esos pequeños juegos que ella incluso deseaba. Pero su carácter, su rectitud y autocontrol, a ella no se lo permitían. Y para Alfredo la relación se fue haciendo un tanto cansina, aburrida, empecinado como estaba en esos pequeños destalles sin aparente importancia. Hasta que llegó el momento en que sin haber iniciado aún un vínculo que pudiéramos considerar formal, decidió dejar de ver a Sole, pues quería evitar la tentación de seguir con ella y perderse un pedazo de vida que creía firmemente que se le debía. Y, un buen día, con mucho tiento, con mucha delicadeza, Alfredo propuso a Soledad que dejaran de verse tan frecuentemente, que podrían quedar algunos días para tomar algo juntos en la cafetería, en la que sin duda más de una vez coincidirían, que la amistad debía continuar y que, por qué no, quizá, sin forzarla, esa misma amistad podría llegar más lejos de lo que en ese momento creían.

A Soledad, tan orgullosa, recta, honesta y discreta, aquellas palabras le parecieron indignantes, mucho más que una despedida absoluta y simple. Y, clara como era, así se lo hizo saber a Alfredo. La única respuesta de él, ante

la dura y tajante contestación de Sole, que se había sentido absolutamente humillada, fue

- Es una pena, Sole, que, siendo tan guapa como eres, tengas siempre puesta esa cara de guardia civil.  
Aquellas palabras, a Soledad, no se le iban a olvidar nunca.

Prudente como era y respetuosa con sus padres, Soledad no había comentado nada en casa sobre su relación con aquel joven hasta no estar segura de un noviazgo formal, así que nada tuvo que decir sobre aquél, no sabría si definirlo como fracaso o episodio, pues decidió que la actitud de él no merecía la primera definición.

Sole tuvo más seguidores -pretendientes les llamaban-, claro que sí, solo verla pasar ya causaba cierta admiración, pero durante un tiempo se negó a cualquier nueva amistad y se centró exclusivamente en promocionarse en su trabajo, que cada vez le gustaba más, y en atender su casa, que también, cada día, le exigía mayor tiempo y dedicación. Y así, salía con amigas o amigos, iba al cine, y poco más.

Mientras tanto, Rora crecía y hacía amigos en todas partes: en las fiestas, en la calle, con los amigos de sus hermanos y los que acompañaban a éstos,...

en fin, con todos encajaba. Y, de vez en cuando, como un recordatorio, aunque sin dolor ni rencor alguno, Sole rememoraba el día que nació su hermana y, de manera automática, sin pensar, se le venía un pensamiento que pronunciaba en voz baja, y solo para ella, a veces incluso sin querer, la frase que le dijo a sus hermanos aquella mañana:

- ¡Qué suerte tiene mi hermana!

Pero para ella, aunque con cierta tristeza, eso era natural, lo entendía como un don, como un regalo providencial que era a su hermana a quien había sido destinado y no sentía envidia alguna, aunque sí, no podía negarlo, un poco de tristeza.

Aurora, cada vez más conocida por sus labores, comenzó a dejar el trabajo en casa y entró en el taller de una reputada bordadora. Y con el carácter que siempre la acompañaba, y saliendo más de su hogar, empezó a conocer a mucha gente. Y, un día, a los dos años de entrar en su nuevo trabajo, donde ya se la reconocía como la artista que era, comentó en casa que había conocido a un chico, que ya llevaban un año saliendo juntos y que, tras pensarlo los dos muy bien, habían decidido formalizar su relación, conocer a sus respectivas familias y hacer planes de boda, pues él era unos años mayor que ella y quería formar una familia cuanto antes.

El chico resultó ser un funcionario que había ido despuntando en su carrera gracias a un gran esfuerzo personal y a mucho estudio. Y se llamaba Alfredo.

Soledad no dudó ni un solo momento en alegrarse por su hermana. Alfredo era un buen hombre y sería un buen marido. Pero también, pasado ya todo rencor, se alegró por él, porque finalmente encontró lo que verdaderamente buscaba y necesitaba y porque Aurora sería capaz de hacerlo feliz. Pero al enterarse, casi en un susurro, y sin querer, no pudo evitar rumorear:

- ¡Qué suerte tiene Aurora!

Soledad no sintió celos, ni rabia, ni envidia ni el más mínimo deseo de encontrarse en el lugar de su hermana. Tan solo lamentó eso, aquello que pronunciaron sus casi inaudibles palabras: no tener la suerte de su hermana, quizá no ser como ella.

Rora y Alfredo se casaron muy pronto y, tal y como habían previsto, él iba ascendiendo en su profesión y ganando prestigio y respeto entre sus colegas y compañeros. Pero a medida que subía de nivel profesional, los destinos que se le exigían los alejaban de la casa familiar de Aurora. Al principio la distancia permitía que se fueran viendo cada pocos meses, pero con el tiempo, la cada vez mayor lejanía, fue alargando también los encuentros familiares.

Y así, fuera ya los hermanos y la hermana pequeña, Sole fue la única que quedó en casa de sus padres. Nunca había sido ese su deseo y, ahora, tampoco lo era permanecer allí para siempre. Pero no somos dueños de nuestro futuro, ni siquiera, muchas veces, del mismo presente. Así que Sole esperaba tiempos mejores para crearse una vida propia.

Rora y Alfredo tuvieron dos hijos ejemplares -era difícil que fuesen de otra forma, pues en ese hogar siempre reinó la armonía-. Eran educados, cariñosos y trabajadores y los dos se fueron haciendo un hueco, un lugar, en sus carreras y sus vidas. Todo parecía ir bien en la familia de la pequeña Rora. Pero a una edad relativamente temprana, Alfredo enfermó y necesitó de la atención constante de su mujer. Ella le ayudaba continuamente, siempre atenta y pendiente, con absoluta dedicación y con una gran sonrisa que no perdió nunca, a pesar de su angustia y su dolor. A veces, como era propio en su carácter, Rora gastaba bromas que hacían reír a su marido a carcajadas, quizá dolorosamente, pero hasta el último día de su existencia.

Cuando Alfredo faltó sus hijos ya estaban casados y Rora podía haber vuelto a casa de su hermana, pero ya tenía familia propia, y nietos, y prefirió quedarse cerca de ellos. A menudo viajaba a ver a Sole y a sus padres, ya mayores, pero por cortas temporadas. Aquella ya no era su casa, su hogar estaba lejos, cerca de sus hijos.

Mientras tanto, Lina, la madre, había ido empeorando de una enfermedad que empezó a atraparla durante la juventud de sus hijos, que iba soportando con valor y con fuerza, pero que, más fuerte que ella, fue agravándose hasta dejarla por completo postrada en la cama. Sole y Ramón la atendían en todo momento, pero éste también se había hecho mayor y no tenía el vigor de otros años. El porte de la madre había llegado a ser superado por el de su hija mayor.

Aunque nunca se lo dijo ni sentía rencor por ello, Soledad pensaba a veces en la gran ayuda que sería tener cerca a su hermana, sin embargo jamás se lo pidió. Entendía que sólo ella era dueña de su vida y su libertad. Pero cuando las cosas se fueron poniendo más difíciles la hermana mayor dejó de trabajar para cuidar a sus padres, pues, Ramón, cada vez más anciano, también necesitaba de cuidados. Soledad estudió y sopesó económica y sentimentalmente la decisión, y no había duda, en los dos casos, la compensación estaba clara.

Francisco, el hermano mayor, solía viajar en vacaciones, quince o veinte días en verano, a la casa paterna, con Pura y sus tres hijos desde su ciudad en el centro de Europa. Cuando sus padres fueron empeorando y Sole haciéndose cargo de todo se distanciaron estas visitas, hasta que dejaron de aparecer. Ellos decían que no querían ser una carga más para su hermana, un estorbo,

esa era exactamente la palabra que empleaban, en una casa ya cargada de trabajo. Probablemente en Francisco hubiese algo de remordimiento, algo de comodidad, posiblemente ni él mismo fuera capaz de definir exactamente su sensación. Pero lo cierto es que no volvieron.

Ramón, el menor de los hermanos, tras la discusión con su padre, sólo apareció por casa una vez, ya casado, con Ángeles, su esposa. Fue, decía, para presentarla y reconciliarse con la familia, olvidados ya, con los años y la madurez, el orgullo y las viejas rencillas, y para volver a pertenecer a su familia a quien, evidentemente, no había olvidado. Hasta ese momento, no habían sabido más de él, nunca lograron encontrarlo. Pero, viendo a la pareja recién llegada, no hacían falta las explicaciones. Ni sus padres ni sus hermanos sabían qué había ocurrido con su vida pero su modesta familia ya no encajaba en su nuevo mundo. Eso era patente. La visita del pequeño Ramón, tan cortés como fría y distante, fue la primera y la última en mucho tiempo.

Y en la casa familiar la vida seguía, más bien transcurría, sin saber bien a donde llegar. La hermana mayor cuidaba de su madre y ayudaba a su padre, los atendía. Lo hacía con cariño, a veces con abnegación, pero sin arrepentirse nunca de su destino. Pero, de vez en cuando, llegado el momento en que por fin podía descansar, sola en su cuarto y dispuesta ya a terminar otro día, a menudo pensaba:

- ¡Qué suerte tuvo mi hermana!

Cuando Sole sintió que la pérdida de su madre se acercaba, se las ingenió para hacer llegar a todos sus hermanos y sobrinos. Creía que todos, pero especialmente Lina, merecían esa despedida. Sólo Ramón y Ángeles faltaron a la cita, pero Soledad quedó satisfecha.

Entonces se quedó sola con su padre, el que tanto adoraba a su pequeña Aurora. Se planteó incluso reincorporarse al trabajo pero Ramón envejecía rápidamente y ella ya se había acostumbrado a estar en casa, no estaba segura de saber regresar al mundo, ese mundo que tanto ansió desde pequeña. Y, a partir de entonces, Aurora comenzó a aparecer más a menudo por la casa, pues sus nietos iban creciendo y sus hijos la necesitaban menos y decidió que era el momento de acompañar más a su hermana y a su padre. Y de vez en cuando se instalaba una temporada con ellos. Cómo hubiera deseado Soledad la compañía de Rora en los malos tiempos de su madre enferma, pero agradecía tanto esta nueva compañía que la compensaba por todo.

Aurora, por su parte, aunque viuda, vivía acompañada del inmenso vacío que dejó su marido, pero feliz por los años que compartieron y se tuvieron el

uno al otro, recordando los días, los buenos y los menos buenos, siempre en compañía. Rememoraba los viajes que habían hecho juntos, todos aquellos que su economía y tiempo les permitió. Y poco después, las cortas salidas a lugares tranquilos y apartados donde disfrutaban de la naturaleza y de su mutuo cariño. Y también, algo más tarde, las reuniones en casa: con el tiempo se habían vuelto cada vez más hogareños y lo que más disfrutaban era recibir a sus amigos y conversar. Encontraba también un gran aliento en la familia que formó con él: sus hijos, sus nietos, a los que adoraba, sus nueras, con las que, como no podía ser de otra forma, se entendía de maravilla, pues su carácter abierto, divertido y dulce nunca cambió y siempre les decía a sus hijos que con ellas habían tenido buen ojo y mejor juicio. Dedicaba también buena parte del tiempo a su labor, que le seguía gustando y nunca dejó de practicar, pues, aunque ya no lo necesitaba, no había dejado de bordar. Su gran afición y la dedicación de varios años la habían convertido en una artista y encontraba en ello una inmensa gratificación en sus horas de mayor soledad. Y, por puro placer, realizaba verdaderas maravillas que reglaba a sus nueras, a sus nietos, sus amigas... Pero ahora visitaba más a su hermana.

Soledad había llevado sola, a su cargo, la casa paterna, mucho más sosegada y silenciosa que en los años en que compartía la vida con sus hermanos: sin peleas, ni juegos, ni risas, ni fiestas, pero tranquila y en plena armonía con sus padres. Mientras su madre pudo, aunque enferma, pero tan recta como

siempre, le fue de gran ayuda. Su padre constantemente la apoyó, también, el tiempo que las fuerzas le permitieron hacerlo.

De vez en cuando Soledad salía al cine, a pasear o a comer con alguna amiga pues conservaba varias desde su juventud, incluso alguna desde niña. Todas ellas, excepto una, Concha, tenían ya su propia familia. Algunas también se habían marchado fuera de aquella ciudad, pero seguía manteniendo con ellas la amistad de siempre. Y, con las que permanecían, se veía de vez en cuando. A veces, la invitaban a sus casas a comer pero, sobre todo, procuraban salir a airearse un poco, a tomar el aire que tanto bien y tanta falta le hacía a Soledad. Pero, en su caso podríamos llamar aislamiento -aunque verdaderamente ella no lo sentía así, pues entendía que había sido decidido por propia voluntad- Sole se volcó en la lectura y devoraba libros como los niños devoran dulces. Con ellos realizaba los viajes que tanto deseó, conocía paisajes distintos, a mucha gente, personajes de todo tipo y personas de los caracteres más diversos, y vivía cientos de vidas.

Leía infinitamente, todo lo que podía, todo cuanto caía en sus manos. Aunque somos conscientes de que en los años de vida de una persona y en la contabilización de los libros, no existe el infinito, ella leía infinitamente. A veces, del modo más infantil, se quejaba de no tener tiempo para leerlos todos, pues ansiaba vivirlos todos. Sus amigas le seguían la corriente y se

divertían de esa manía, hasta que le hacían ver que aunque verdaderamente dispusiera de ese tiempo y, sin contar los ya escritos, al ritmo en que los libros se publicaban y al que ella los leía, nunca podría alcanzarlos, ellos siempre ganaban, así que para ella eso era el infinito y algo fuera de su alcance. Y, tras una breve discusión, acababan riendo y luego decían todas a la vez:

- ¡Las cosas de Sole!

A veces, a ella misma se le venía ese pensamiento a la cabeza y reía sola diciéndose a sí misma:

- Pero Sole, qué cosas tienes, van a pensar que estás chiflada.

Y volvía a reír. Después se quedaba pensativa y se decía de nuevo:

- Además, con la de otras tantas cosas que te has perdido. Qué mas te da un libro más, ¡maniática, que te estás volviendo una maniática!

Y seguía leyendo, volviéndose a meter de lleno, como si fuera el propio, en cualquier escenario de cualquier lugar y de cualquier tiempo. En decenas de cuerpos, de mentes, de sensaciones, de mundos que no fueran el suyo.

Además de la lectura, Sole, liberada algo más de la dedicación que sus padres le requerían, disfrutaba también de la compañía y el cariño de su hermana Aurora, a la que siempre adoró.

Viviendo ya sola con su padre, Sole recibió una proposición tentadora. No lo había pensado y no se lo había propuesto: en realidad, nunca se lo propuso. Pero la tentación le rozó. En varias ocasiones, desde hacía ya años, en casa de una de sus mejores amigas, Consu, y de su marido, Fernando, Soledad había coincidido con un matrimonio encantador. Era una pareja de pequeños empresarios y, aunque le llevaban unos años, se entendían a la perfección. Los dos eran amables, educados, inteligentes y divertidos. Él había enviudado hacía ya tres años y, por ese motivo, dejó de frecuentar esas reuniones, aunque no había perdido la amistad con los amigos y, de vez en cuando, era invitado a comer. Desde su viudedad, aunque muy pocas, alguna vez coincidió con Soledad. Además, al hombre le llegó también la edad de jubilarse y, sin hijos ni trabajo al que acudir a diario, se encontraba un poco a la deriva. Soledad siempre le gustó, le agradaba su compañía, su conversación, incluso su seriedad era para él una gran virtud. La seriedad de Sole seguía siendo la misma, pero sus rasgos, con la edad, se habían destensado, suavizado; su rostro era menos perfecto y había perdido rotundidad; los huesos, pómulos y mandíbula, estaban menos marcados, se habían redondeado un poco y, ahora, recién pasados ya los sesenta años, seguía manteniéndose igual de elegante,

derecha, orgullosa como siempre, quizá con una belleza menos perfecta pero más armónica, más humana. El resto de su cuerpo mantenía la perfecta figura de siempre pero su cara se había dulcificado.

En vida de su esposa nunca se lo había planteado pero, desde hacía unos meses, la idea de acercarse a Soledad le rondaba la cabeza. Y Cristóbal, que así se llamaba aquel hombre, un día se armó de valor y propuso a Soledad acompañarse el resto de sus días: se entendían bien, se apreciaban, tenían amigos comunes, compartían cosas, algunas tan extrañas que era difícil encontrar alguien con similares gustos. Desde poco después de enviudar, le había dicho, él ya comenzó a mirarla como una mujer atractiva que, poco a poco, le iba calando más. Se estaba enamorando de ella y quería, mientras la salud le respondiera, ofrecerle y compartir los dos todo aquello que fuera posible y que ella, por diversas razones, hasta entonces no había podido conocer: la compañía fiel, la diversión compartida, momentos de intimidad, amor, viajes, salidas, y todo lo que él pudiera entregarle. A Sole, la idea le resultó tentadora. Cristóbal era un hombre bueno, con el que se entendía a la perfección, con quien compartía gustos y opiniones, todavía bastante atractivo, o al menos así lo veía ella, y del que, poco a poco, si se lo proponía, y aún sin proponérselo, se podía enamorar fácilmente. A lo mejor ya se había enamorado un poco. Ella podía tener años de vida por delante con él y, además, se lo merecía, estaba convencida de que se lo merecía. Pero su

carácter de siempre, duro, austero, honrado hasta la médula, le ganó el pulso y su razón le dijo que no. Un día almorzó con Cristóbal y, agradeciéndole infinitamente su proposición, la rechazó.

Probablemente lo que él y ella querían y esperaban no podría ser nunca. Ella vivía con un padre muy mayor y ya con síntomas de clara decadencia a pesar de su fortaleza y, si mucho más joven renunció a tener vida propia a pesar de que tuvo otras oportunidades -pues ciertamente, después de Alfredo, vinieron otras ocasiones-, porque consideró, o decidió, que su deber, o simplemente su presencia, debían estar en aquella casa, ahora no iba a quitar a Cristóbal sus últimos años para, probablemente, encerrarlo con ella en un mundo donde no poder realizar ninguna de cuantas cosas él había programado y que a ella tanto le hubiera gustado compartir con él. Y, seguramente, decía Soledad, acabarían siendo dos personas muy infelices y mucho más distanciadas de lo que siempre pudieron haberlo estado.

Cristóbal insistió, le dijo que podía esperar, intentó convencerla y hacerle entender que las cosas podían tomar otro camino, que no todo estaba predeterminado como ella creía, pero fue tal la determinación de Soledad -y para eso era una artista- que lo convenció y él no volvió a insistir más. Aunque pasó varios meses en la ciudad, siguieron viéndose y manteniendo una profunda amistad, hasta que un día Cristóbal se marchó. Sole se enteró un

par de años más tarde, a través de sus comunes amigos Consuelo y Fernando, que por fin encontró lo que ella no pudo o no se atrevió a ofrecerle y que la vida le iba bien. Y se alegró de corazón. Cristóbal lo merecía. Para entonces ya Ramón, su padre, había fallecido y ella se sintió muy extraña, casi inhumana, insensible, sin entender muy bien qué le estaba pasando ni en qué había convertido su vida, de la que tanto esperaba y que parecía darle muy poco.

Mientras tanto, tras aquella, podríamos llamar, anomalía en su vida que fue el rechazo de Cristóbal, todo volvió a su estado habitual.

Porque el tiempo y la edad son inexorables y al poco de marcharse Cristóbal, Ramón comenzó a hacerse mayor, a perder el vigor y la alegría que siempre le acompañaron. Y a los pocos meses, un día el padre sufrió una caída. Sole había salido, como de costumbre, a hacer las compras y cuando regresó lo encontró inconsciente y tendido en el suelo. Debió haber sido una especie de desvanecimiento porque ella misma pudo comprobar que la caída no había sido brusca, pero Ramón no reaccionaba. Las unidades de emergencia llegaron sólo veinte minutos después de que ella lo hiciera. Su padre fue trasladado al hospital y le diagnosticaron un derrame cerebral. No podía decirse nada todavía. Aparentemente el ataque había sucedido inmediatamente antes de ser encontrado por su hija, pero los veinte minutos de los que estaban seguros

no presagiaban esperanzas. De todas formas debían esperar setenta y dos horas y observar las reacciones antes de poder dar cualquier pronóstico.

Aurora llegó de inmediato, acompañó a su hermana en el hospital y cuando el padre de ambas fue trasladado a casa veinte días después. Una parte de su cuerpo había quedado totalmente paralizada y apenas podía hablar, pero había sido un hombre fuerte, sin otros problemas de salud añadidos más que los achaques musculares y esqueléticos desde su juventud, en parte heredados y en parte derivados de su profesión de carpintero y, con paciencia y rehabilitación, podría mejorar bastante. El único inconveniente era su edad. Pero Ramón era fuerte y optimista, como su hija menor, y poco a poco consiguió articular palabras. Aunque ya no se le volvería a entender como antes, nunca hablaría con claridad. Sólo consiguió andar a pasitos lentos, ayudado por sus hijas y arrastrando, siempre como una pesada carga, la mitad de su cuerpo y la pierna afectada mientras en el brazo apenas consiguió movilidad.

Cuando Sole consideró que podía volver a hacerse cargo por completo de la situación Rora regresó a su casa, con los suyos. Ella hubiera esperado algo más, pero su hermana no se lo consintió.

Francisco y Pura fueron una vez a ver a su padre. Ramón no volvió.

Finalmente, cuando todo parecía volver a entrar en un nuevo periodo de normalidad y de adaptación a las nuevas circunstancias, Ramón sufrió un nuevo ataque, esta vez en presencia de sus hijas y, aunque no perdió del todo la conciencia, el pronóstico era definitivo. Ya no se volvería a recuperar y era cuestión, como mucho, de días.

Sole, otra vez, lo organizó todo para que estuvieran sus dos hermanos y pudiesen darle el adiós definitivo a su padre. Y, tenaz, como siempre, lo consiguió.

Rora llamó a sus hijos y nueras con sus nietos, Francisco llegó con Pura, y Ramón, aunque solo, también lo hizo.

Ramón, el padre, mantuvo cierta conciencia, al menos aparente, para verlos a todos, para sentir sus manos aferradas a las suyas o una caricia en la frente de hijos y nietos. Sólo Ramón llegó tarde, lo justo para que su padre ya no fuera consciente de que él estaba allí pero no tanto como para no poder aguantar su mano mientras se despedía de este mundo con ella, aún viva, entre las de su hijo.

El hermano pequeño fue a casa de su padre a hacer las paces con él. Arrepentido de tanto tiempo perdido, era lo que más deseaba. Pero su padre

ya lo había perdonado hacía mucho tiempo y, en un inmenso gesto, le tenía reservado un regalo, su viejo cepillo de carpintero, el que, de pequeño, tenía que estar constantemente quitándole de las manos porque no paraba de jugar con él. Tanto le gustaba que siempre creyó que su hijo sería carpintero como él, pero no fue así. Sole se lo dio por expreso deseo de su padre.

Soledad quedó de nuevo satisfecha, tranquila, aunque desde aquél día intuyó que quizá nunca volvería a ver a su hermano pequeño. La altivez de Ángeles, su cuñada, impedía una vuelta al antiguo cariño que siempre se tuvieron.

Tras las exequias se marcharon todos excepto Rora, dispuesta a quedarse una temporada con su hermana y a llevársela a su casa para que descansara durante unos meses. Pero Sole, la dura, la orgullosa Sole, no lo consintió.

- Tú te quedas aquí el tiempo que quieras Rora, esta casa es tan tuya como mía, pero yo, de momento, no me voy a ninguna parte. Si tengo que aprender a vivir una nueva vida, aunque ya tenga sesenta años más que cumplidos, lo haré. Pero lo haré sola y desde el principio, sin demorarlo lo más mínimo. Ya es hora de que sea yo misma quien decida qué vida puedo o no vivir.

Rora entendió el mensaje y después de tres semanas volvió a su hogar.

Sole se fue adaptando a su nueva situación y, poco a poco, cansada del descanso y rodeada de recuerdos se fue acostumbrando.

Llevaba años sin trabajar y, fallecidos ya sus padres y con cierta edad, no sabía ahora de qué iba a vivir. Su hermana Aurora quiso ayudarla. Ella, suficiente como era, le agradeció la ayuda pero antes intentaría salir adelante. Y, como siempre, lo consiguió. Con la pequeña pensión que le quedó se iba ayudando haciendo trabajos en casa para la empresa del marido de una de sus amigas. Los pocos estudios que hizo y sus escasos años de trabajo como administrativo y contable le vinieron muy bien para este nuevo trabajo. Eran pocas horas, pues la empresa no era grande y, fundamentalmente, lo que hacía era ayudar al administrador. Y el sueldo le bastaba para vivir como siempre lo había hecho, modestamente.

Así vivió un año entero de tranquilidad y sosiego como quizá no había conocido nunca. Estaba sola, pero reconfortada. Siempre había actuado como su sentido le dictó, nunca se traicionó a sí misma por más cosas que dejara en el camino. Y eso la llenaba de tranquilidad y paz. Pero en algunos momentos de abatimiento y tristeza pensaba cómo podría haber sido su vida si hubiera tomado otros caminos. Estaba tranquila, satisfecha, pero en su interior reconocía que nunca había sido feliz. Probablemente, hasta este momento no había tenido tiempo de pensarlo. Muchas veces pensaba en ella y sus

hermanos y cómo, de todos ellos, era la única que siempre había tenido ambiciones, desde muy niña, deseos de aprender y de emprender, de viajar y de regresar, de llegar lejos, tan lejos que no sabía exactamente dónde. Y, contrariamente a aquellos deseos, ya tan lejanos, las circunstancias habían decidido que precisamente fuese ella, sólo ella, la que no saliera jamás de su casa. Aún así, Soledad convivía perfectamente con todos estos sentimientos sin el menor dolor, sin rencor alguno, con la única sensación de haber vivido otra vida, diferente, quizá una vida que no era la suya y ahora era ya un poco tarde para buscarla. A cualquiera como ella ese sentimiento le llevaría a la desesperación, pero Sole había aprendido a sobrevivir convencida de todas sus decisiones.

Sólo en los peores momentos, con cierta amargura, regresaba a aquel pensamiento que la acompañó desde el nacimiento de su hermana:

- ¡Qué suerte tiene mi hermana Aurora!

Pero luego, con arrepentimiento, dejaba escapar, echaba fuera, esta idea que sentía que no era buena, sobre todo para ella. Y que, además, no se creía con el derecho a tener. Fueron muchas las veces que esta frase le vino a la mente y otras tantas las que la desechó. Pero nunca la imaginaba con un solo atisbo de rencor. Ella fue quien eligió, ella fue quien decidió su destino y

su vida, y no su hermana. Su hermana, simplemente, eligió la suya. Y así lo entendía Soledad casi siempre, excepto en aquellos momentos de cierto desamparo que la acompañaron durante su vida y que conoció por vez primera el día que nació su hermana pequeña.

Fuera de esto, una simple anécdota en su vida, parecía que su tiempo se iba encaminando por un paraje llano y placentero, nuevo, más fresco, hasta no sabía cuándo.

Con Francisco hablaba de tarde en tarde. Nunca más volvieron a pasar las temporadas de vacaciones a su casa. De Ramón no supo más desde el fallecimiento de su padre, y no le extrañaba, pues ya tuvo ese presentimiento desde aquel momento, aunque ello le producía cierto dolor, pues no lograba entender el proceder de su hermano. Con su hermana Rora, en cambio, hablaba casi a diario. A pesar de estar separadas desde su juventud siempre habían estado unidas y había un lazo especial, además del fraterno, que vinculaba a estas dos mujeres. Y así, entre largas conversaciones, poco a poco, Sole se fue dando cuenta que su hermana no estaba bien:

- Ya me lo han comentado mis hijos -decía Aurora-, pero seguro que no es nada, es solo cansancio. Quizá la edad me está pidiendo descansar, ya sabes que no paro de hacer cosas.

Pero no era solo eso. Y tras pruebas y más pruebas médicas, llegó la terrible noticia. Aurora, su hermana pequeña, la más pequeña de todos, sufría una terrible enfermedad que irremediablemente acabaría con ella y con su alegría en poco tiempo.

No hizo falta que Sole se ofreciera, fue la misma Rora quien, no sin antes hablar con sus hijos, quería que fuese su propia hermana quien la acompañara y la cuidara si fuera necesario, quería volver a la casa paterna y pasar con Sole sus últimos meses, recibir sus cuidados y darle toda la compañía que fuera posible. Y Sole, por supuesto, no sólo accedió, se sintió aliviada y feliz de que la idea hubiese partido de su propia hermana. Se sintió aliviada y, también, agradecida.

Los primeros meses con Rora fueron como volver al pasado, a la infancia. Las dos, en aquella casa cargada de recuerdos, no cesaban de hablar de esto y de lo otro.

- Sole, ¿te acuerdas cuando...?
- Claro, y tú ¿te acuerdas del día que...?

Y, como entonces, la mayoría de las veces acababan riendo porque Rora hacía reír a su hermana, a veces hasta hacerla llorar de la propia risa. Aurora siempre tuvo el don de hacer reír a todos.

También volvieron a salir juntas a dar grandes paseos: ahora el tiempo se lo permitía. A veces, las hermanas salían solas, otras muchas iban con las amigas que, aunque Rora había ido dejando atrás, Sole siempre conservó como un tesoro. Pero a medida que el tiempo avanzaba, y la enfermedad invadía el todavía gracioso cuerpo de Rora, las salidas se fueron distanciando hasta desaparecer por completo. Las visitas también se alejaron porque, aunque Aurora nunca perdió la sonrisa de los labios y siempre manifestaba su agradecimiento, cada vez le importunaban más, pues le costaba la misma vida mantener el tipo delante de ellas. Sólo sus hijos no dejaron de aparecer.

El sufrimiento se iba haciendo cada vez más grande en las dos mujeres. En Rora por su deterioro, que cada día que pasaba era más veloz y en Sole por presenciar la agonía de su hermana pequeña, más joven, más alegre y, siempre, más viva que ella. A veces, cuando Soledad le secaba a su hermana delicadamente los pies después de asearla, con sumo cuidado para no hacerle daño, o cuando la acariciaba después de leerle un capítulo de una de esas novelas que a Aurora le gustaban tanto, románticas, llenas de falsas aventuras, y que Sole ya no soportaba, o cuando le enseñaba algunos de sus famosos bordados, verdaderas obras de arte, que ella le había ido regalando durante toda su vida, Rora le decía:

- Sole, ¿tú no estás cansada? Yo nunca en mi vida, ni siquiera en los peores tiempos de la enfermedad de Alfredo, me he sentido tan cansada como ahora, con tan poca vitalidad. Pero yo estoy enferma. Pero tú, Sole, no paras, también estarás cansada. Deberías descansar más y no estar tan pendiente de mí.

- Bueno mujer -le decía su hermana-, que estés cansada es normal, la medicación es fuerte, pero verás que esto pasará y dentro de poco volveremos a salir a pasear de nuevo. Saldremos con Concha, con Consu, con tus nietos, ya veras. Yo también me canso, no te creas.

- No Sole ¿tú recuerdas haberme visto alguna vez, solo una, sin ánimo?

- No Rora, no lo recuerdo.

- Pues ahora no lo tengo. No tengo ánimo para nada, Sole, para nada.

Y su hermana, haciendo de tripas corazón, volvía a repetirle que aquello era pasajero. Y callaban. Y Sole seguía leyendo la novela en voz alta, mecánicamente.

Ya para entonces, la disciplinada, la organizadísima Soledad, depositaria de una memoria de elefante, se iba olvidando de pequeñas cosas: echar la llave a la puerta de la calle, apagar una luz, cerrar un grifo, y le costaba, a veces, recordar los horarios de los medicamentos de su hermana. Y, por esto último sobre todo, empezó a preocuparse. Pero era una persona metódica y buscó

soluciones: para lo primero determinó hacer inspecciones cada cierto tiempo por toda la casa. Para ello ponía un despertador que era Rora quien le recordaba que pusiera y para las medicinas montaron un inmenso cuadrante sobre corcho en la habitación de Rora.

Y Sole siguió cuidando de su hermana, con una ternura y un cariño como no había tenido ni con sus padres. Desde el primer día que ella entró en su casa y cuando, sabía ya en estas tristezas, y alertada por los médicos y sus sobrinos, tuvo la certeza de que iba llegando el día que tanto temía, la hora definitiva de su hermana, otra vez, como había sido siempre, tuvo la sabiduría de convocar a toda la familia. Los hijos y nietos de Rora, que estaban allí con frecuencia, llevaban en casa varios días pues, desde su última visita a la madre y abuela, decidieron no regresar. Pero sus hermanos no iban por allí desde la muerte de su padre.

Esta vez lo consiguió, logró que vinieran todos: su hermano Francisco y Pura, con sus tres sobrinos, medio extranjeros ya, a los que apenas conocía. También su hermano Ramón, que ahora sí, apareció con Ángeles, su mujer, un poco menos distante ya que las otras dos o tres veces que se habían visto anteriormente. Y, aparentemente, los hermanos volvieron a reencontrarse a pesar del dolor que rodeaba aquella reunión en la que Rora, ya, casi no

estaba, aunque, de vez en cuando, abría los ojos, recibía la mano de alguno de ellos y se esforzaba por hacer el intento de sonreír.

Soledad, como siempre, lo había logrado. Solo ella era capaz de hacerlo. Y entre charlas, alguna risa evocada por un recuerdo lejano de chiquillos, el relato interminable de historias de las que hacían partícipes a sus sobrinos a los que, por cierto, provocaban una incredulidad tremenda, pues no podían imaginarse aquellas vidas, Aurora se fue despidiendo pausadamente de este mundo al que tanto amó, rodeada de toda su familia y en un grato ambiente de cariño.

Desaparecida Rora, Sole siguió siendo la hermana mayor de aquella familia, única, especial, pero ni más ni menos extraña que cualquier otra. Pero su vida no fue ya como antes. Ahora, la que se empezaba a sentir cansada era ella. Y, aunque no perdió ni un ápice de su porte físico, pues siempre disfrutó de una salud envidiable, su mente se fue debilitando poco a poco, casi sin darse cuenta, ni ella ni quienes la rodeaban. Y los pequeños despistes que comenzaron con la enfermedad de Aurora y que ella achacaba a las tensiones y el cansancio, con el tiempo, se fueron convirtiendo en olvidos más importantes: había veces que no recordaba qué tenía que hacer, desconocía

los nombres de sus amigos más cercanos, no reconocía algunos rostros de personas que había tratado durante años... Y se fue ensimismando, aislando del mundo, si es que, en cierta forma, alguna vez dejó de estar aislada. Pero este aislamiento era distinto, muy distinto, porque se había alejado incluso de ella misma.

Aquello fue como si, después de haber cumplido su cometido en la vida, Soledad se hubiera quedado sin nada que hacer, sin tarea alguna de la que ocuparse, pues nunca había podido dedicarse a ella misma y ya fuera tarde. Y, concluida ya su misión, no necesitara ni memoria ni tiempo. Era como si su encargo en la vida fuese realizar aquella petición que le hizo su padre el día que nació la pequeña de sus hermanos, hacía ya mucho más de sesenta años

- Hija, no te duermas. Cuida de tu madre y tus hermanos. Yo vuelvo enseguida, sólo serán unas horas.

Y a Sole ya no le quedara más por hacer, como si hubiese venido a la vida para ello y, ya rematada, no le quedara otra tarea que realizar.

De vez en cuando hablaba sola y, aunque capaz de mantener todavía una conversación, mientras charlaba con alguien se paraba, miraba a lo lejos,

perdía la vista en un punto que ni ella misma sabía ubicar y, como en un suspiro, decía:

- ¡Qué suerte tiene mi hermana Aurora!

Nadie la entendía, aunque sentían cierta compasión por esta mujer que había sido siempre tan fuerte. Porque todos aquellos que la conocían y trataban tenían cada día más claro que un trastorno, una enfermedad con nombre propio, se estaba apoderando de ella y que acabaría por engullirla por completo y la perderían definitivamente. Soledad caería en el olvido para siempre, en el peor de los olvidos, el propio, el de ella misma.

A medida que fue pasando el tiempo, Sole no era ya capaz de cuidar de sí misma y sus sobrinos, Ramón y Alfredo, que así se llamaban los hijos de Aurora, decidieron, conscientes ya de que en su estado no podía seguir viviendo sin atención, buscar una buena residencia en la que internar a su tía Soledad. Y así lo hicieron. Mientras tanto, le encontraron una persona que la acompañara y cuidara en casa.

Unos días antes del traslado recibió, sin embargo, una visita inesperada. Fue a verla, sin previo aviso, su hermano Ramón. Iba acompañado por Ángeles, su estirada cuñada, y sus dos sobrinos, un chico y una chica, de los que tenía

noticia pero a los que nunca llegó a conocer. Su sobrina llevaba con ella una niña pequeña a la que quería que conociese, una niña de pocos meses. La criatura, todavía tan pequeña, tenía la piel muy clara, un pelo rubio oscuro algo agraciado y en su carita se adivinaban unas facciones que llegarían a ser casi perfectas. Su hermano se la mostró, radiante y orgulloso de su nueva nieta, mientras le dijo:

- Sole, te hemos traído a mi primera nieta para que la conozcas. Creo que se parecerá a ti. Y me alegro mucho por ello.

Sole lo miró desplegando una sonrisa de ternura y de agradecimiento que ella misma no sabía a qué se debía, lo hizo como algo inconsciente, mecánico. Pero inmediatamente acertó a decir:

- Es muy linda, muy bonita. Va a ser una niña muy guapa ¿Cómo se llama?

Y Ramón le contestó lleno de orgullo:

- Soledad, se llama Soledad. Su madre es Alicia, mi hija mayor. Le he hablado mucho de ti y ha querido que su hija se llame como tú. Se llama como tú, Sole.

Sin saber exactamente a quien hablaba, Sole tan solo miró de nuevo a ese punto que solo ella conocía y respondió

- Que nombre tan bonito. Esta niña tendrá suerte ¿Tú conocías a mi hermana Aurora? ¿Te acuerdas que suerte tenía Aurora?

A la semana exactamente de aquella visita tan especial, Soledad dejó su casa y quedó internada en una residencia especializada en su dolencia. En ella sobrevivió a todos sus hermanos y permaneció hasta el último de sus días, justo uno antes de cumplir los ochenta y tres años.

Sus sobrinos, Ramón y Alfredo, cubrieron escrupulosamente todos los gastos. Al principio iban a verla con cierta frecuencia, pero, a medida que ellos se fueron difuminando en su memoria distanciaron las visitas, hasta que dejaron de aparecer.

El personal sanitario que la atendía -médicos, enfermeros, celadores, cuidadores, fisioterapeutas- nunca tuvo de ella queja alguna, sólo les llegaba una pequeña extrañeza cargada de curiosidad, en ocasiones, cuando, a veces, sin venir a cuento, repetía una frase marcada a martillo en su desorientada cabeza:

- ¿Qué suerte tiene mi hermana Aurora, verdad?

Una frase que nadie entendió. Pero probablemente Sole siempre tuvo razón y sí, es posible que exista la suerte y quizá, esta vez, le tocó a Aurora.

\*\*\*

Soy Alicia, la sobrina de Soledad. Mi tía no tuvo oportunidad de conocerme. Aunque siempre, desde muy pequeña, la admiré, no la conocí hasta muy tarde. En casa apenas se hablaba de la familia de mi padre. Nunca supe la razón pero parece que a mi madre no le gustaba que se hablara de ella. Yo soy la mayor de dos hermanos y también la más curiosa y, cuando era pequeña, le preguntaba sobre ellos a mi padre. Y lo cierto es que él, a veces, me contaba cosas. Yo notaba siempre en esas confidencias cierta tristeza y, cuando fui creciendo, dejé de preguntar y también fui perdiendo la curiosidad. Pero siempre hubo alguien que me fascinó, aún sin conocerla y saber muy bien la razón: era mi tía Sole. Admiraba en ella la dedicación y el amor que continuamente tuvo por toda la familia. Aunque a todos les parecía que era lo normal, yo, no sé por qué motivo, lo encontraba especial. Además, mi padre era de la persona de su familia que más me hablaba y, también, creo, a la que más quería.

A pesar de mis deseos por conocer a mi tía Soledad nunca lo expresé abiertamente. Supongo que sabía que a mi madre no le iba a gustar. Así que lo fui olvidando y nunca me atreví a pedirlo siquiera. Pero al nacer mi primera hija mi decisión estaba clara, se llamaría Soledad, como mi tía. Deseo que mi hija sea valerosa, buena, valiente y fuerte, muy fuerte, y en mi tía he encontrado todos esos valores que quiero para ella. Cuando le dije a mi padre cuál sería el nombre de su primera nieta se emocionó y creo que ha quedado eternamente agradecido. A mi madre, por otro lado, no le ha importado el nombre de su nieta, solo desea para ella, como todos, lo mejor en la vida.

A los pocos meses de tener a mi hija y al verla crecer he decidido conocer a mi tía. Sólo la he visto una vez. Desgraciadamente ella nunca se acordará de mí. Pero yo nunca olvidaré las palabras que dijo a mi padre.

Personalmente no creo que el nombre de una persona marque su carácter ni el modo de enfrentarse a la vida, ni tampoco que vengamos al mundo con un nombre ya presupuesto, destinado a cada uno de nosotros. Pero hay ocasiones, excepcionales, al menos eso me ha parecido, en las que algunas personas, en cierto modo, nos sentimos influenciadas por él.

Mi tía Aurora quizá, como Sole rumiaba continuamente, tuviera lo que llamamos suerte. Parece, o eso creo, que alguna más que su hermana mayor

sí que tuvo. Cuando mi abuelo eligió su nombre escogió el que más le gustaba, aquel que representaba su hora preferida, la hora del nuevo día que nacía de la oscuridad de la noche. Y buscó ese nombre para que nunca le faltara la luz a su vida y a su sonrisa, para que todos los días fueran suyos y, mi abuelo, lo hizo por amor. Y, efectivamente, la menor de mis tías tuvo la dicha de tener muchos soles en su vida, mucho cariño y un carácter especial, una forma de afrontar la vida sin oscuridades y sin miedos, algo que la ayudó a ser feliz. Pero la mayor luz de todas provenía de su hermana mayor, de mi tía Soledad, que siempre fue la verdadera protectora de su familia y el hilo recto y fuerte que nunca permitió su desunión a pesar de todo: de distancias, de enfrentamientos, de olvidos.

Sin embargo, lo curioso es que, en su nombre, también mi tía Soledad llevaba incluido su propio sol. Su rectitud de pensamiento y obra, sin embargo, no permitieron que brillara para ella, aunque supo irradiarlo, muy discreta pero acertadamente, a todos aquellos a quienes quería, y especialmente a su familia.

Supongo que para mi abuelo Ramón, al que tampoco he conocido, a pesar del tremendo amor que debió sentir por su hija mayor, era tal su deseo y tanta su obsesión por encontrar un nombre lleno de luz para una de sus hijas, que, en su ignorancia o su desconocimiento, no sé muy bien, nunca advirtió y, por tanto, jamás tuvo la ocasión de decirle a mi tía Soledad que ella también

Llevaba la luz impresa en su nombre, y que la luz del mismo sol que el de su hermana brillaba en las primeras letras de él. Quizá, si mi abuela Lina hubiese sido menos piadosa y cumplidora, mis abuelos hubieran acertado el nombre de mi tía. A veces me pongo a imaginar y pienso que si lo hubieran hablado, mi tía podría haberse llamado Sol en vez de Soledad y que tal vez eso hubiera cambiado el rumbo de su vida. Pero no lo hicieron.

Y ahora, después de conocerla, he llegado a pensar que quizá mi tía Soledad, de haberlo oído, tal vez habría sido un poco más alegre, un poco más feliz,... quizá habría vivido un poco mejor, un poco más.

Yo sí me he dado cuenta de ello. Y además es el de Soledad, al completo, el nombre que me gusta, porque era el de la tía a la que tanto admiré aún sin conocerla, pero también porque significa mucho más. Representa la luz y la sombra, la necesidad de amar y de amarse y tantas cosas que, a veces, pienso que mis pensamientos me llevan casi a desvariar. Pero no me importa. Porque sé que soy Alicia, la hija de Ramón y la sobrina de Soledad y Aurora. Me siento orgullosa de pertenecer a una familia a la que, desgraciadamente, no me dejaron conocer. Y sé, con seguridad, que todos llevamos la luz dentro de nosotros y que la felicidad consiste en no dejar que se apague. Por eso no dejo de repetírselo a mi hija a diario, absolutamente todos los días.



Mayo de 2012

